

ANTES DE LA EJECUCIÓN

A las once de la noche Colima estaba en un profundo silencio, sólo interrumpido de rato en rato por el grito de los centinelas de la plaza y de los cuarteles, y por los gritos melancólicos de los guardas nocturnos.

Enrique velaba en su capilla, abatido y lleno de terror. Tenía la fiebre que acomete á los reos de muerte cuando no tienen la fortuna de contar con un corazón templado y una alma estoica.

Aquel joven y brillante calavera había sido soldado más bien por vanidad que por organización, y aunque no se contaba de él ningún rasgo de valor, si no había avergonzado al ejército en algunas batallas á que había asis-

tido, era porque siempre había procurado, con maña, esquivar los peligros más serios, sin por eso dar lugar á que se creyese que los huía.

Pero Enrique Flores no era de esos hombres que sonríen al ver acercarse la muerte. Gastado por los placeres de una vida sibarítica, no tenía en compensación esa fuerza de acero que no se destruye jamás en el espíritu de los valientes, y que no se subordina nunca á los nervios.

Sin creencias de ninguna especie, carecía también de la energía que da la fé, que da la justicia de una causa, que da el amor á la gloria. Él no había tenido más que ambición, y la ambición sólo sirve para sostener la audacia en los caminos de la fortuna; pero cuando está sola no sirve de nada en los negros momentos de la adversidad, y mucho menos en presencia de la muerte.

Enrique estaba desfallecido. Su corazón estaba próximo á estallar, como el de un niño ó el de una mujer. No había allí el aliento de un hombre.

También es verdad que la convicción que tenía Enrique de ser culpable, y la consideración de que ante todo el mundo su delincuencia estaba probada, era bastante para quitarle su vigor. Además, un hombre que ha hecho en el mundo numerosas víctimas y que

no ha vivido sino para gozar, no llevando en su memoria ese tesoro de consuelo de las buenas acciones que vale tanto como la gloria, no ve acercarse el fin de sus días sin estremecerse y sin abatirse.

Enrique, pues, tenía miedo, y oía el ruido del péndulo que anunciaba constantemente la marcha del tiempo, sintiendo que su golpe acompasado se repetía con indecible tormento en su corazón. Tenía los cabellos erizados y los ojos fuera de las órbitas. Mil visiones mentidas anunciaban que su cerebro era presa del delirio. Ora veía abrirse la tierra y ofrecerle el escondite seguro de un subterráneo, ora se abría la pared y daba paso á un genio bienhechor que le conducía afuera, ora el techo se levantaba para dejarle salir, y sentía que convertido en ave, huía, hendiendo los aires, lejos de aquella ciudad maldita.

— Es preciso que esto acabe con un veneno, dijo lleno de amargura... y ¡Clemencia que no viene! ¡Quiere, pues, verme fusilar en la plaza pública! De repente contuvo su respiración, se apretó con ambas manos las sienes para apagar sus latidos y quedó atento. Acababa de oír los pasos de alguno que se acercaba. Era un oficial, porque los acicates producían un sonido diferente de los del soldado, en las baldosas.

El centinela de vista que estaba junto á la puerta entrecerrada de la prisión hizo chocar la culata de su carabina contra el suelo, en señal de respeto, y la puerta se abrió.

Era Fernando Valle.

Enrique se levantó azorado.

— ¿Qué desea vd. aquí, Fernando? preguntó tartamudeando.

— Chit!.... dijo Valle; hablemos en voz baja y escúcheme vd. Cierro la puerta para que estemos mejor.

— ¿Viene vd. á asesinarme?

Fernando sonrió con desprecio.

— Vengo á salvar á vd.

— ¡A salvarme! cómo!

— Escúcheme : Si vd. no hubiese traicionado, es seguro que yo no habría tenido motivo para acusarle; de modo que la traición de vd. es la verdadera causa de que se halle así, próximo á ser ejecutado.

Enrique sintió que un sudor glacial inundaba su frente.

— Pero, en fin, continuó Fernando, yo le acusé; y la causa indirecta de su condenación soy yo. Tengo remordimientos por esto, y la muerte de vd. emponzoñaría con su recuerdo mi vida entera. Quiero ahorrarme esta pena y además, hay una mujer que moriría si fusilasen á vd. Quiero que viva y que sea

feliz; ella ama á vd. y á su amor deberá vd. su salvación. Hé aquí lo que vengo á proponerle. Vd. se vestirá en este momento mi uniforme, se ceñirá mi espada y mis pistolas; he dicho que voy á salir á ver al general, con el objeto de que nadie extrañe verle á vd. atravesar la puerta. Se echará vd. el capuchón sobre la cabeza, y nadie podrá reconocerle. Se dirigirá vd. á la casa de Clemencia, que mi asistente que irá con vd. le señalará, y allí encontrará vd. de seguro caballos para escaparse. Todavía más, aconsejo á vd. que no tome el camino de Tonila para Zapotlán, porque vd. supondrá que correría peligro, sino el del paso del Naranjo, y de allí, con guías seguros que le dará su amada, puede vd. dirigirse á Guadalajara por caminos extrañados, y Dios ayude á vd....

Enrique quedó estupefacto.... no podía creer aquello.

— ¿Pero esto no es un lazo, Fernando?

— ¿Lazo para qué? respondió sonriendo tristemente Valle; ¿para matarle? no tendría yo sino dejar que pasara la noche, y á las siete de la mañana estaría vd. fusilado. Además, cuando un hombre como yo habla á vd. así, no engaña. Yo puedo ser desgraciado, pero no desleal.

— Pero vd. ¿qué hará?

— Eso no es cuenta de vd., caballero; yo sabré arreglarme.

— Es que podrían fusilar á vd. en mi lugar.

— Puede ser; pero también puede ser que no. Sobre todo, recuerde vd. que una mujer le ama, y que moriría si vd. muriese.

— ¡Oh, Fernando, vd. tiene un gran corazón; permítame vd. que le abrace y que le dé gracias de rodillas; es vd. mi salvador!

— Omíta vd. eso, señor, y vistase pronto, que los instantes corren y cualquiera cosa podría impedir....

Fernando se quitó su traje militar, es decir, su levita y su sobretodo, su kepi, se arrancó sus acicates de oro, se desciñó su espada y sus pistolas, y Enrique fué poniéndose todo hasta quedar perfectamente disfrazado. Fernando se envolvió en la capa de Enrique y se puso de espaldas á la luz que ardía en la mesa.

Luego que Enrique estuvo listo, Fernando le hizo señas de que saliese ya. Enrique, simulando su temblor, se dirigió hacia la puerta y

— ¡Adiós! dijo á Valle.

— ¡Adiós! respondió éste sin volver la cara. El centinela volvió á chocar la culata de su carabina contra el suelo, el ruido de los pasos y de los acicates se alejó, luego se oyeron los pasos de otra persona, rechinó la

puerta grande del edificio y todo quedó en silencio.

Fernando respiró como si algún enorme peso acabase de quitársele del corazón, después de lo cual apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y murmuró con voz ronca.

— ¡No creía yo que había de morir así!





XXXIII

DESENGAÑO

Clemencia é Isabel no dormían esa noche; la segunda parecía haber agotado sus lágrimas, y permanecía de rodillas en el retrete de Clemencia, al pie de un Crucifijo de marfil y de una Virgen Dolorosa. La primera, con el cabello en desorden y medio envuelta en un mantón negro, consultaba á cada momento el péndulo y abría con frecuencia la ventana como si aguardase á cada instante un correo.

Su pobre madre, con los ojos inflamados de llorar, rezaba á ratos, y en otros hablaba con Mariana que sufría horriblemente de la cabeza y que veía con angustia á su pobre hija que tenía el aspecto de una moribunda.

Acababan de dar las doce de la noche, y

Clemencia rompía un pañuelo de batista entre sus manos con impaciencia febril, cuando llamaron fuertemente á la puerta de la casa.

El criado velaba, y fué á preguntar quién era.

— Abre, abre pronto, dijo afuera una voz.

El criado corrió los cerrojos y abrió.

Era una casa baja, como lo son generalmente en Colima. Oyéronse pasos en el corredor y ruido de acicates.

— ¡Un oficial! ¿Será enviado de Enrique? dijo Clemencia levantándose apresuradamente,

Llamaron á la puerta de la sala, todas las señoras corrieron allá, y abrieron.

Un militar se precipitó adentro con aire azorado. Echóse abajo el capuchón que cubría su semblante.

Era Enrique.

Isabel cayó desvanecida, las señoras temblaban, Clemencia, con los ojos fijos en su amante, quedóse pasmada y no pudo hablar.

— Soy yo, Clemencia; ¿estamos solos?

Clemencia hizo señas afirmativamente sin poder articular palabra.

— No hay que espantarse, amor mío, seré breve : hé aquí lo que ha pasado; pero antes de todo, ¿hay un criado de confianza én la casa?

— Si hay, respondió por fin Clemencia repuesta de su emoción.

— Pues que me ensille un caballo, pronto, y si hay otro, que me le prepare para llevarle de mano; es preciso que yo huya ahora mismo.

La señora salió á dar las órdenes luego, y volvió.

— He aquí lo que ha pasado : Fernando ha sido mi salvador!

— ¡Fernando! dijeron á una voz las cuatro señoras.

— Si, Fernando, que tiene una grande alma, una alma inmensa, el alma que se necesita para morir en lugar de un enemigo.

Clemencia sintió que le faltaban las fuerzas.

Enrique contó brevemente lo que acababa de pasar en la prisión, refiriendo palabra por palabra lo que le había dicho Fernando.

El asombro de las señoras crecía á cada instante.

Enrique añadió :

— Yo no conozco el camino del Naranjo, y me perdería; necesito primero disfrazarme con traje de paisano, y luego llevar un guía que, después de atravesar el paso, me dirija á Guadalajara.

— ¿A Guadalajara? preguntó Clemencia.

— Si, Clemencia, á Guadalajara, yo no estaré seguro sino allí.

— Pero allí están los franceses.

— Precisamente por eso. Este no es momento de ocultar la verdad ya. Sepan vdes. que en efecto los pliegos que cogió Valle eran míos. Yo estaba en comunicaciones con aquella plaza, y ahí se me brinda con una banda de general. Debí pasarme con todo mi cuerpo y con algunos otros, pero desgraciadamente me retardé y fui descubierto.

— ¿Luego vd. traicionaba? preguntó Clemencia interrumpiéndole con violencia.

— Traicionar no es la palabra, vida mía; en política estos cambios no son nuevos, y el rencor de los partidos los bautiza con nombres espantosos. Pero el tiempo vuela, y es preciso salvarme; señora, ¿tendría vd. la bondad de darme un traje y de arreglar lo de los caballos?

— Sí, señor, todo.

Sacaronle un traje completo, que Enrique se vistió con una prontitud maravillosa. Luego el criado, dispuesto también, avisó que los caballos esperaban.

Enrique abrazó de priesa á las señoras y á Isabel, que apenas tuvo fuerzas para moverse; pero al llegar á Clemencia, á quien alargaba los brazos con ternura, la joven, irguiéndose con una altivez que iluminó su semblante con el brillo de una hermosura divina, alargó una mano para rechazarle.

— Vaya vd. con Dios, señor Flores, le dijo, vaya vd. con Dios, y que él le salve.

— Pero, Clemencia, ¿qué es esto? ¿me rechaza vd.? ¡Dios mío! ¿por qué?

— Quisiera morirme esta noche, caballero, mejor que saber todo esto. Aléjese vd.: todo lo comprendo.

— ¿De modo que no podré esperar ver á vd. pronto en Guadalajara?

— No me verá vd. nunca, señor, nunca.

— Señor, huya vd., dijo la madre de Clemencia empujando á Enrique.

Este salió vacilando como un ebrio, montó á caballo seguido del criado, atravesó el zaguán y se alejó al paso por la calle, y momentos después se oyó el galope de los caballos que acabó por perderse en el silencio de la noche.

Las cuatro señoras habían quedado mudas y cabizbajas. Clemencia no pudo más, y cayó desplomada en una silla.

— ¿Es que le amas todavía? le preguntó timidamente Isabel.

— Es que le desprecio con toda mi alma. Aquí no hay más que un hombre de corazón, y es el que va á morir, respondió Clemencia, convulsa y próxima á desmayarse.

— ¡Qué horrible es todo esto! dijo después de un instante Mariana.

— ¡Qué horrible es, dijo Clemencia con

una indignación que le volvió toda su energía, haber amado á semejante miserable, haber corrido por Colima, como una loca, suplicando y llorando, y haber expuesto los días y la dignidad de un padre anciano para salvar á un hombre que ha acabado por aceptar el sacrificio de la vida de otro, y por confesar con vanidad que es un traidor. De modo que ese infeliz Fernando no era un calumniador, de modo que le hemos ultrajado injustamente, de modo que habrá tenido un infierno en el corazón, y que va á morir asesinado con nuestra crueldad...!

Y Clemencia, que hasta allí había contenido sus lágrimas, rompió á llorar; pero con tanta violencia que las señoras se acercaron á ella y la estrecharon entre sus brazos.

Isabel lloraba también silenciosamente.

— Esto es verdaderamente para morir, madre mía, continuó Clemencia bañada en llanto. El desengaño ha sido terrible; pero él no me destroza el corazón, como la idea de que soy yo la que va á matar á ese noble joven. Antes creí que era yo también la causa de que Enrique fuese calumniado por su rival celoso; pero ya veo que no fué así: su crimen le condenaba. A Fernando, sí, yo soy quien le mata.

Después de estas palabras ya no hubo más

que silencio, sollozos y abatimiento de Clemencia, que mesaba en su dolor sus hermosos cabellos negros, que devoraba sus lágrimas y que daba las señales de la más frenética desesperación.



XXXIV

SACRIFICIO INÚTIL

Amanecía cuando se oyó el galope de un caballo en la calle, y á poco llamaron de nuevo en el zaguán.

Era un correo del padre de Clemencia, que apenas pudo hablar de fatiga.

— He corrido como nunca, dijo; aquí está una carta.

El Sr. R... decía á su hija :

« He cedido la mitad de mi fortuna en favor del ejército, pero Enrique ha sido indultado : ¡qué trabajo costó! adjunto la orden para el comandante; que se lleve luego : ¡ojalá que sea tiempo! »

Clemencia enseñó la carta á su madre

moviendo la cabeza con amargura, y arrojó en una mesa la orden del cuartel-general.

— Que se ha de llevar ese pliego, me dijo el señor.

— Es inútil, contestó Clemencia; vete.

— Él llegará aquí á las ocho, añadió el correo.

— Bien : vete.

Como á las diez llegó el carruaje del Sr. R... y él se bajó fatigado y entró lleno de ansiedad.

— ¿ Llegó á tiempo ? preguntó ; ¿ se salvó ?

Clemencia se arrojó llorando en los brazos de su padre.

— ¡ Cómo ! ¡ cielos ! ¿ Fué tarde ?

— Ah, no, padre mio, ¡ fué inútil !

El Sr. R... un momento después supo todo lo acontecido, y fué indecible lo que pasó en su alma.

Aquella fué una escena atroz. En los corazones se sucedían diversos sentimientos, la tristeza, el arrepentimiento, el dolor, pero sobre todo el tedio, el tedio que produce el esfuerzo inútil y el sacrificio tributado á la maldad.

— Y aun hay más, dijo después de un momento el padre de Clemencia. He sabido en el cuartel general muchas cosas que me han causado una pena profunda. El hombre

generoso que nos proporcionó el carruaje en el camino de Zacoalco, no fué ese infame, sino ese pobre Fernando á quien tanto mal hemos hecho. Me lo dijo el general en jefe, pues que precisamente por eso Enrique le acusó, suponiendo que el postillón era un correo de Guadalajara, y además allí en Zapotlán tomé otro carruaje por la inutilidad en que estaba el mio, á causa del viaje, y el conductor, que es el que viene conmigo y á quien reconocí, me dijo : que el joven oficial le dió aquella noche tres onzas de oro y un reloj que no había examinado ; pero que después registrándole encontró el nombre de su dueño, que era « *Fernando Valle* », y me le enseñó y le he visto, yo, no me cabe duda. Así es que á su nobleza de conducta debe agregarse que no quiso que supiéramos que él era nuestro protector. De modo que yo regalé al otro mis caballos, y le tributamos nuestra necia gratitud, y ese infeliz mató su caballo, se quedó pobre, y va ahora tal vez á morir sin llevar de nosotros ni una muestra de reconocimiento.

El dolor de aquellas desgraciadas señoras aumentó con este relato, como era natural, y Clemencia no sabía qué hacer. Estaba aturdida.

— Pero, en fin, exclamó el Sr. R... con

resolución, he sacrificado por ese villano la mitad de mi fortuna, aun me queda la otra para ofrecerla por este muchacho tan valiente, tan patriota y tan noble. Solo que ¿cómo hacerlo? Me es imposible volver á Zapotlán. Escribiremos; vdes. se quedarán pobres, hijas mías, pero no tendrán un remordimiento.

— Trabajaré, padre mio, como una obrera, con tal de salvar á Valle. Su vida será mi herencia.



XXXV

EL SALVADOR

— ¿Saben vdes. lo que pasa? dijo entrando uno de los amigos de la familia.

— Ya lo sabemos, dijo el Sr. R... ahora, ¿qué sucederá con ese oficial?

— Que le fusilan sin remedio; el comandante está furioso, vdes. comprenderán su cólera. Al amanecer, ese pobre joven que estaba encerrado en la prisión del coronel Flores hizo llamar con gran sorpresa de todos á su general, y le dijo simplemente que él había hecho escapar al reo.

— Y ¿sabe vd. lo que ha hecho, desgraciado? le preguntó el general.